

Brasil: enigma y desciframientos en los años noventa

Emir Sader

Brasil se ha vuelto de nuevo un interrogante en América Latina: ¿por qué el país que ya ha desempeñado un rol de liderazgo en las transformaciones capitalistas en el continente se resiste ahora a poner en práctica un coherente programa neoliberal y una reforma del Estado, que lo pongan en sintonía con la contemporaneidad internacional y latinoamericana? Mientras Argentina, México y Chile son saludados como modelos de modernización, Brasil sigue aparentemente sin rumbo preciso, víctima, más que actor, de la crisis que afectó a las economías del continente desde el inicio de la década del ochenta.

Y eso no es todo: mientras caía el muro de Berlín, a fines de 1989, el candidato de la izquierda en los comicios de ese año —un líder sindical, dirigente de un partido que reivindica el socialismo—, disputaba palmo a palmo la presidencia del país y obtenía 31 millones de votos (cerca de 45 por ciento del total) y actualmente se presenta como favorito para triunfar en las elecciones de 1994. Razón de más para que un ex ministro del ejército repita la frase tan utilizada anteriormente por la izquierda y que se vuelve ahora como *boomerang* en contra de ella: “Brasil marcha contra los vientos de la historia”.

Está por verse si sigue teniendo algún sentido la afirmación de Richard Nixon, según la cual “hacia donde vaya Brasil, irá el continente”. Pero ello no resta importancia al intento de entender los dilemas y los retos a que se enfrenta el país, dado que las respuestas y soluciones que se encuentren determinarán el lugar que le cabrá en el plano internacional en el próximo siglo.

Para avanzar en ese sentido, es necesario retornar a las fuentes de la crisis a la que ingresó la sociedad brasileña en la década pasada y comprender cómo se alteraron las relaciones de fuerza entre las clases fundamentales desde entonces. Solamente así será posible enfocar los conflictos actuales en el marco de las necesidades del capitalismo brasileño y de las resistencias sociales que él mismo ha generado en su seno.

El enigma brasileño

Brasil se diferencia en la actualidad de los países congéneres del continente particularmente por:

- la competitividad de sus exportaciones, esencialmente centradas en productos industrializados;
- una prolongada estagflación, la más larga y la más profunda de su historia, que ha persistido a pesar de la aplicación de una serie de paquetes antiinflacionarios;
- la incapacidad del bloque dominante para construir un proyecto neoliberal y ponerlo en práctica de forma consistente;
- la existencia de una sociedad civil relativamente fuerte, a pesar de los embates de la recesión;
- la presencia de una izquierda social y política como alternativa real de gobierno, aunque todavía sin un proyecto coherente.

Esas particularidades son el resultado de un tipo de desarrollo que presenta rasgos particulares respecto al resto de América Latina. Aunque las especificidades brasileñas tiendan a ser exageradas por quienes tienen interés en alejar aún más al país del destino del subcontinente, es cierto que Brasil acumuló algunos desencuentros importantes respecto a éste. Ello se manifestó en el modo como conquistó su independencia que, lejos de resultar de un conflicto sangriento, fue más bien el resultado de un arreglo familiar. Esto explica que la nación se haya constituido como una monarquía, y no una república, lo cual favoreció la persistencia de la esclavitud a lo largo de casi todo el siglo pasado.

Desde aquel pacto de élite, otros tantos han marcado una historia donde los momentos de ruptura y de enfrentamiento suelen estar ausentes. La cooptación, la "revolución pasiva" de que hablaba Gramsci, los proyectos de modernización conservadora al estilo bismarckiano, son una constante en la trayectoria histórica de Brasil.

Un país sin rupturas termina siendo casi un país sin historia y sin memoria. No por casualidad los partidos —memorias históricas de las clases sociales— han tenido en Brasil existencia efímera. Prácticamente ninguno de ellos sobrevivió al golpe militar de 1964 y sigue siendo costumbre que los políticos cambien de una agrupación a otra, descaracterizando aún más el sistema partidario del país. Las élites dominantes, acostumbradas a resolver sus contradicciones mediante pactos entre sí, se valen de instituciones como las fuerzas armadas, sus entidades corporativas y los grandes medios de comunicación masiva para organizar y poner en práctica sus proyectos de clase.

Las particularidades de la historia brasileña a partir de 1964 son decisivas para entender la crisis actual. En aquel momento, Brasil, un país con una estructura social todavía más atrasada que la argentina, por ejemplo, con una izquierda y un movimiento popular más débiles y con mucho menor tradición que los de Argentina, Chile y Uruguay, sufre un golpe militar que precede al de esos países.

Ello tuvo dos consecuencias principales:

- la economía brasileña pudo recomponerse, apoyada en la dictadura militar y en años todavía de expansión del capitalismo mundial, con recursos disponibles para la inversión;
- el desarrollo económico engendró una nueva clase obrera, la cual, junto a movimientos sociales y políticos de oposición a la dictadura, ha dado nacimiento a una nueva izquierda en Brasil.

Esos fenómenos no ocurren en los demás países del cono sur, los cuales intentan recomponer sus procesos de acumulación de capital en el momento en que la economía internacional entraba en recesión. Este fenómeno, junto al tiempo relativamente más corto de las otras dictaduras conosureñas en relación a la de Brasil, tampoco conllevó una renovación ideológica y política de sus organizaciones de clase.

Brasil ha tenido, pues, a su favor, lo que Trotsky llamaba el "privilegio del retraso". Este se ha manifestado tanto en el plano económico como político. Así, su reconversión económica implicó la incorporación de una tecnología avanzada y le ha dado competitividad internacional. Por otra parte, la derrota relativamente temprana de una izquierda más débil permitió reorganizar allí esa fuerza sobre nuevas bases.

Como en los países del Cono Sur, el proceso de transición democrática coincidió en Brasil con la crisis económica desatada por el ascenso "en flecha" de la deuda externa, producto de la elevación brutal de las tasas internacionales de interés. Ese momento marcó el agotamiento del proceso de expansión que se había iniciado en la segunda mitad de los años sesenta.

En efecto, desde entonces hasta fines de los setenta, el país experimentará una expansión económica sin precedentes, gracias a la conjunción de una serie de factores:

- el golpe militar hizo posible un proceso de acentuada concentración y centralización de capitales, indispensable a un nuevo ciclo de ascenso económico;

- cuando otros países se estancaban, a consecuencia de la recesión internacional, Brasil simplemente disminuyó su ritmo de crecimiento del 11 por ciento al 7 por ciento. Esa reducción moderada de las tasas de crecimiento se debió a que el país diversificó sus fuentes de financiamiento, sustituyendo las inversiones extranjeras por préstamos y las inversiones privadas por las estatales.

Este último factor implicó la preparación de una verdadera bomba de tiempo, que explotaría años después, con la llamada "crisis de la deuda": el servicio de la deuda asumió proporciones gigantescas y, con él, la crisis fiscal del Estado, agravada por las exenciones fiscales y los subsidios gubernamentales. La estatización de la deuda externa no hizo sino transferir el problema hacia el plano interno, llevando a la hipoteca de las empresas estatales y colaborando para la instauración de un círculo de hierro financiero que asfixia al Estado e induce a los capitales a la mera reproducción especulativa, a causa y como consecuencia de la recesión.

La crisis económica coincidió con la crisis final de la dictadura militar y la transición hacia un régimen político parlamentario. Dicha transición se dio sin mayores rupturas, dada la alianza entre sectores mayoritarios de la oposición y un desplazamiento de las fuerzas de apoyo al régimen militar. Ese nuevo pacto de élites —representado por la elección del primer presidente civil brasileño en un cuarto de siglo por un Colegio Electoral y no por el voto directo del pueblo— implicó, a su vez, no atacar las raíces mismas del modelo económico del régimen militar.

Al revés de eso, se intentaron una serie de planes económicos de efecto inmediato y de carácter heterodoxo que, ante la resistencia de los sectores privilegiados, no conllevaron la realización de las indispensables reformas estructurales: agraria, urbana, educacional, financiera. Con ello, no se ha podido romper el círculo de hierro de la especulación y desplazar radicalmente la hegemonía del capital financiero. Mientras tanto, el crecimiento de la deuda interna y externa preparaba el descontrol financiero del país y la bancarrota del Estado.

La limitación de la transición política a sus aspectos institucionales, sin atacar las bases económicas y sociales que habían regido durante el periodo militar, condujo al fracaso de sus políticas y a la derrota de los partidos que se habían encargado de conducirla: el Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) y el Partido del Frente Liberal (PFL). Se entiende así que, en los comicios presidenciales de 1989, el proyecto neoliberal haya triunfado electoralmente por las manos de un candidato *outsider*, sin liderazgo

orgánico de masas y sin base partidaria, quien no contaba sino con un mesianismo carismático como instrumento de catalización social.

Aceptado por las élites como un mal menor contra las izquierdas, Fernando Collor de Mello intentó inicialmente un nuevo plan heterodoxo, igualmente de efectos inmediatos. Sin embargo, tras el rápido agotamiento del mismo, apeló por los más clásicos métodos heterodoxos, de acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la banca internacional. Todo ello dentro de las fórmulas monetaristas, sin tocar las relaciones sociales profundas que articulan al capitalismo brasileño.

Collor no fracasó sólo porque su discurso neoliberal mostró no ser sino la pantalla para un enorme pillaje del Estado: él ya había fracasado antes de que la corrupción lo condenara públicamente, por su incapacidad para romper el círculo de estancamiento e inflación. En efecto, como resultado de los problemas heredados del periodo militar y la incapacidad de dar solución a esos problemas, el país experimentó, bajo su gobierno, su más prolongado y profundo periodo de estagflación, con retroceso del PIB por tres años sucesivos y una inflación de un 25 por ciento mensual. Esa situación refleja una suerte de *impasse* del proyecto neoliberal en Brasil, que necesita ser analizado a la luz del conjunto del proceso de acumulación y de las luchas sociales y políticas que se han registrado a lo largo de las últimas décadas.

Pese a la hegemonía de la ideología neoliberal en los años recientes, una fracción significativa del empresariado brasileño se resiste a la desreglamentación de la economía y en especial a la rebaja de los aranceles, así como a la suspensión de los subsidios, exenciones y préstamos subsidiados que recibe del Estado. Esa resistencia se verifica en varios sectores, pero el mejor ejemplo está en la industria automotriz, significativamente motor y símbolo del periodo anterior de la industrialización brasileña.

A ello se agregan las resistencias que proceden desde abajo. Una de las condiciones de realización de un plan neoliberal es un cambio significativo en la correlación de fuerzas en contra de los trabajadores, representados por el movimiento sindical. Ese factor estuvo presente en Argentina y Chile, a partir de la instauración de las dictaduras militares, así como en México, dado el predominio del Partido Revolucionario Institucional (PRI) sobre el movimiento sindical.

En el caso brasileño, la temporalidad histórica es un poco distinta y esa diferencia cuenta para entender la especificidad de la situación del país. Hubo una dictadura militar, pero ella trajo consigo una fuerte expansión de la industrialización, que respondió por un desarrollo sin precedentes de la clase obrera. Ese fenómeno no se verificó en Argentina, donde el periodo

militar estuvo marcado por una prolongada recesión, con más razón aún porque inició en 1976, cuando el capitalismo internacional ya se encontraba en crisis. Tampoco en Chile, donde la reestructuración económica se ha dado en moldes neoliberales, acompañada por un proceso de desindustrialización, con reducción absoluta y relativa de la clase obrera. En México, la hegemonía del PRI sobre el movimiento sindical es un factor que pesa considerablemente en la capacidad de ese partido para obtener éxito en los pactos entre empresarios y sindicatos, una de las condiciones de los logros de su proyecto neoliberal.

En Brasil, como en los demás países de la región, la década de los ochenta golpeó las bases materiales de reproducción de la clase obrera, debido a la recesión, aunque también a las innovaciones tecnológicas. Sin embargo, como reflejo de las transformaciones operadas en el periodo anterior y como corolario del proceso político de democratización, se constituyó en una década de fortalecimiento del movimiento de los trabajadores, con la fundación —por primera vez en la historia del país— de centrales sindicales, y de surgimiento de nuevos movimientos sociales, como el de los sin tierra y los sin casa, el movimiento de los negros, de mujeres, de indígenas, entre otros. Durante su curso, se asistió además a la formación del Partido de los Trabajadores (PT), una expresión partidaria clasista, en ruptura con el laborismo derivado de Getulio Vargas y que se destaca por su autonomía frente al bloque en el poder.

Una profunda crisis hegemónica se ha instaurado a partir de ese cuadro:

- el agotamiento del modelo de acumulación vigente en la dictadura militar;
- el carácter conservador y limitado del proceso de transición política hacia la democracia parlamentaria;
- el fortalecimiento del movimiento de los trabajadores y de sus aliados en el plano social.

Todo ello ha contribuido a bloquear la realización de un plan neoliberal, a diferencia de otros países del continente. Las élites dominantes no disponen de un proyecto económico que las unifique y que, al mismo tiempo, pueda imponerse mediante la derrota o, por lo menos, la neutralización de las clases subalternas. A éstas les falta igualmente un proyecto alternativo —económicamente viable y con carácter nacional— para, más allá del simple poder del voto, erigirse en centro aglutinador de los sectores que se oponen o se resisten al proyecto neoliberal.

Aparte de esta dificultad, hay factores estructurales que hacen difícil la aplicación en Brasil de un plan neoliberal, como los que se han impuesto en Argentina o Chile. Señalamos ya el notable crecimiento industrial que se produjo en el país, tras el golpe de 1964. Además de ello, la dictadura militar tuvo, en Brasil, un corte estatizante, a diferencia del patrón liberalizante que registró en Chile y Argentina. Si se considera la importancia de la base industrial brasileña y el peso del sector estatal en la reproducción del capital, se ha de concluir que es prácticamente inviable un proceso de desindustrialización y, aún, de privatización generalizada, como el que han experimentado esos países.

Ese cuadro ayuda a entender los obstáculos que encuentra el proceso de reforma del Estado y de reestructuración económica en Brasil, en los términos en que han sido puestos en práctica en otros países del continente. Ello no impide que algunos pasos ya hayan sido dados y que el movimiento sindical y los nuevos movimientos sociales se hayan debilitado en los últimos años, en función de la crisis económica y la modernización tecnológica. Por su parte, el neoliberalismo ha ampliado su área de influencia, llegando incluso a sectores de la izquierda y del movimiento popular, antes decididamente opuestos a esa ideología.

Ello no impide que el cuadro brasileño esté abierto, tanto económica como políticamente. En este sentido es la comprensión de las transformaciones operadas en el Estado y en la correlación entre las fuerzas sociales lo que permitirá prever el desarrollo de la lucha por una nueva hegemonía en la sociedad brasileña en el transcurso de los noventa.

Los desciframientos posibles

Dos caminos se perfilan, en perspectiva, para que Brasil enfrente su crisis y pueda salir adelante. Uno es la versión nacional del proyecto neoliberal. El otro, la propuesta democrática y popular, personificada por una izquierda renovada y que constituye una de las características específicas del país.

El neoliberalismo ya enunció su proyecto para Brasil. Pero, antes de poder intentar de nuevo llevarlo a la práctica, tiene que reconstituir el bloque dominante, desarticulado con la caída de Collor de Mello. La salida de éste de la presidencia de la República no significó inmediatamente una derrota para el neoliberalismo. Ha sido su evidente involucramiento con la corrupción lo que llevó al *impeachment*. Ni el pueblo ni los medios de comunicación realizaron una vinculación directa entre la corrupción y la forma como los neoliberales —sean ellos Collor, Menem o Carlos Andrés

Pérez— tratan los intereses públicos o el modo como convierten la privatización en dilapidación de los bienes del Estado.

Así, los neoliberales salieron de la crisis que hundió a Collor con su esquema de gobierno desarticulado, pero contando aún con fuerza para volver a la carga. Para ello, se valen de la identificación que establecen los medios de comunicación masiva entre el Estado y la inflación, las deudas interna y externa, la ineficacia, el despilfarro —es decir, con todos los fenómenos económicos para los cuales Brasil no ha sabido hasta aquí dar solución—. En contraposición, ensalzan la eficiencia de la empresa privada, hacen la apología de los caminos seguidos por el capitalismo internacional en términos de renovación tecnológica y critican ferozmente el desempeño de las empresas estatales.

El proyecto neoliberal puede triunfar en Brasil en su versión más ortodoxa si vuelve a ganar las elecciones un candidato de derecha al estilo de Collor, lo cual es improbable. Pero puede imponerse también a través de versiones más o menos populistas, como aquella representada por Paulo Maluf. Este es un político originario de la dictadura militar, quien, después de varias aventuras electorales fracasadas, logró elegirse alcalde de Sao Paulo, ciudad que detenta el tercer presupuesto del país, después del presupuesto nacional y del estado de Sao Paulo.

La derecha sabe que sin un discurso "social" no tiene viabilidad electoral. Se encuentra forzada a enfrentar a una izquierda fuerte en términos sociales y políticos. Necesita, pues, mantener el apoyo que tradicionalmente ha recibido de los sectores populares más atrasados, los cuales no tienden a disminuir, dado el carácter excluyente del patrón de acumulación vigente.

Los dilemas a enfrentar por parte de las dos alternativas han sido incubados durante el largo periodo de expansión que propició la dictadura militar. Esa expansión no se debió tan sólo a que se vivía un periodo internacional de carácter distinto o a que no se había agotado todavía la modalidad de financiamiento del desarrollo vía mecanismos internacionales. Ella supuso también un modelo concentrador y excluyente que se basaba en otra correlación de fuerzas entre las clases sociales e implicaba un determinado manejo de las tasas de explotación, cierto reparto de los beneficios estatales, formas de subsidios, exenciones fiscales y préstamos que, aún subsistiendo en el régimen democrático parlamentario, no pueden llegar a los límites que tenían entonces.

Una economía cuyo PIB se redujo un 4.4 por ciento en tres años, mientras el PIB *per cápita* retrocedió un 9.6 por ciento, el nivel de empleo un 17 por ciento y los salarios un 28 por ciento, presenta un cuadro social desastroso. La participación de los salarios en la renta nacional, que llegó

a representar más del 50 por ciento dos décadas antes, no alcanza actualmente el 30 por ciento.

Esto, por sí sólo, ya es un problema para los neoliberales. No para el funcionamiento de su modelo de acumulación de capital que, por lo contrario, es rigurosamente malthusiano —excluye en la medida en que se desarrolla—, sino para la reproducción política de gobiernos que, bien o mal, tienen que ser sometidos a elecciones periódicamente. Los expedientes de *marketing* demostraron sus límites en las elecciones presidenciales de 1989, cuando Collor derrotó de forma estrecha a Lula y, en tres años, se desenmascaró como un producto de la propaganda televisiva.

Por otra parte, el predominio de la especulación financiera, apoyada en tasas de interés más altas y atractivas que las de ganancia, merma los recursos disponibles para las inversiones productivas. La tasa de inversión respecto al PIB está por debajo del 13 por ciento, cuando ya representó 25 por ciento. El monto de capitales que gira en la especulación es tan grande como el de la deuda externa brasileña, valiéndose de las altas tasas de interés. La manipulación de dichas tasas es un mecanismo propio de los métodos ortodoxos de combate a la inflación aunque, en Brasil, representa un verdadero *hara-kiri* para el Estado, al multiplicar su deuda y forzarlo a dispendir la mitad del presupuesto anual en el pago de intereses de la deuda interna y externa. Ello expresa gráficamente la crisis fiscal del Estado la cual es, al mismo tiempo, una crisis de acumulación del capitalismo brasileño.

Sin embargo, esa crisis no ha significado un estancamiento generalizado. La producción para la exportación no ha dejado de expandirse, a lo largo de toda la “década perdida”, habiendo mantenido su competitividad internacional y privilegiando la exportación de manufacturados y semimanufacturados. A su lado, las ramas que producen para el consumo de lujo tampoco han sufrido grandes pérdidas, gracias a la brutal concentración del ingreso. Y, como era de esperarse en el reino del neoliberalismo, el sector financiero ha presentado sustancial crecimiento. Esas ramas, orientadas a la esfera alta del consumo, a la exportación y a la especulación financiera, mueven la economía brasileña, imponiéndole un desarrollo desigual y combinado, por detrás del cual se esconden radicales diferencias sociales y el desmejoramiento de los sectores volcados hacia el mercado interno, que incluye tanto bienes industriales como productos agrícolas de consumo popular.

En resumen, el neoliberalismo, cuanto más perfile su modelo —avanzando ahora hacia la privatización de empresas estatales y servicios públicos y la desregulación generalizada de la economía— tanto más tenderá a

agravar la crisis de hegemonía del bloque en el poder. Las condiciones de reproducción del capital monopolista financiero internacionalizado suponen un proceso de concentración y exclusión en niveles todavía más altos —cuando los que se tienen ahora ya hacen de Brasil uno de los países que presentan los peores indicadores de distribución del ingreso en el mundo.

Una élite dominante acostumbrada a basar su dominio en las fuerzas armadas, en los grandes medios de comunicación y en relaciones patrimonialistas con el aparato estatal no está preparada para construir proyectos nacionales fundados en relaciones políticas y sociales democráticas. En la contradicción entre los efectos sociales perversos del neoliberalismo y las necesidades de un proceso político relativamente democrático reside la más grande limitación del neoliberalismo en Brasil.

La imposición del proyecto neoliberal, como lo demuestran Argentina y Chile, supone la derrota de las clases subalternas y de las fuerzas políticas que las representan. Esto no se ha dado todavía en Brasil. El revés de 1964 ha quedado lejos, al tiempo que se ha procesado ya la recomposición de la fuerza de la izquierda y de los trabajadores, ahora acrecentada por el surgimiento de nuevas fuerzas sociales, dando lugar a cierta correlación de fuerzas. El fracaso de Collor significó la pérdida de una oportunidad para modificarla y más bien ha operado en sentido opuesto.

La eventual afirmación de la variante populista del neoliberalismo —una especie de contradicción en sus términos— puede significar una vigencia a medias del proyecto. Ella actuaría en detrimento de los sectores organizados —sindicatos, empleados públicos, asalariados formales en general— y beneficiaría a las capas sociales marginadas, base eventual de apoyo para ese modelo. Por otra parte, la puesta en práctica radical de una política neoliberal conllevaría el enfrentamiento con aliados de los sectores hegemónicos —como, por ejemplo, los productores de azúcar del noreste brasileño, mantenidos por privilegios gubernamentales pero, en cambio, socios seguros en el juego político—. Paradójicamente, pues, cuanto mayor sea la fuerza del proyecto neoliberal en lo económico, más acentuada será su debilidad política y viceversa.

Cabe ahora preguntar: ¿qué perspectivas tiene una vía democrático-popular como salida para la crisis actual? Brasil se encuentra —así como todos los países del hemisferio sur— en la situación paradójica de no tener acceso al camino seguido por los países del norte y, a la vez, estar sometido a políticas internacionales y a condicionamientos externos que bloquean la búsqueda de perspectivas propias. En efecto, la vía escogida por las potencias industriales se encuentra cerrada incluso para las potencias intermedias emergentes, entre las cuales se encontraba Brasil hasta el inicio

de los años ochenta. Trátase de un modelo imposible de ser generalizado, basado en un tipo de consumo, en un desarrollo tecnológico y en una utilización de los recursos naturales sólo posible para los que ya lograron implantar su industrialización de forma generalizada.

Pero, en el contexto de los países excluidos del nuevo orden internacional —o cooptados bajo condiciones que interesan al norte, como es el caso de México—, el caso brasileño presenta características de cierta manera privilegiadas. Socialmente, el país acumula una deuda social que lo pone en franca desventaja en relación a otros similares. La concentración del ingreso es tan acentuada que no basta una simple redistribución para garantizar a la mitad de sus 150 millones de habitantes las condiciones mínimas de sobrevivencia. Será necesario por ello optar por un modelo económico y social radicalmente distinto del actual, para viabilizar a la mayoría de la población el acceso a las condiciones básicas de la ciudadanía. En otros términos, se impondrá el abandono de la modernidad como sinónimo de crecimiento económico, industrialización, urbanización y mejores patrones de participación en el mercado internacional. Particularmente cuando se sabe que la intensificación del desarrollo tecnológico, de por sí, no conduce sino a mayores desigualdades y exclusión y no a la igualdad y la integración social, como se suponía hasta hace poco.

En Brasil, existen elementos que permiten ensayar una vía distinta de desarrollo económico-social, a comenzar por su capacidad productiva, que lo pone, por ejemplo, entre los tres mayores exportadores de productos alimentarios en el mundo. La paradoja cruel está en que, en nuestro caso, no se están exportando excedentes, sino se hace a costa de la no atención a las necesidades de la mitad de la población. Como quiera que sea, la competitividad internacional del país, aún en un mundo cada vez más proteccionista, le ha permitido elevar constantemente su superávit comercial, con la particularidad de que los productos industrializados y semiindustrializados representan casi dos tercios de sus exportaciones totales.

El nivel del desarrollo económico brasileño a que apuntan esos datos le hace posible redefinir su inserción en el mercado internacional en condiciones más favorables que otros que se le asemejan y también que aquellos que, en circunstancias diversas, rompieron con dicho mercado. El país cuenta con lo esencial para redireccionar su economía hacia el mercado interno —la importancia de su producción alimentaria, su base industrial y tecnológica, su capacidad de disponer de recursos necesarios para implementar un cambio radical en su política educacional, de salud, habitación y transporte—, sin reducir de manera significativa sus posibilidades para la

obtención de financiamiento externo. La magnitud de su economía y de su mercado es, de por sí, aval suficiente.

Brasil se ubica hoy en la condición de lo que Lenin caracterizaba como *el eslabón más débil de la cadena imperialista*, es decir, es un país que concentra en elevado grado las contradicciones básicas del sistema capitalista mundial. Del mismo modo que en los casos apuntados por Lenin, Brasil no es el más pobre ni el más rico, sino el que presenta contrastes más grandes entre grados de riqueza y de pobreza, de desarrollo técnico e industrial y de retraso, lado a lado. Asimismo, al contrario de la mayor parte de los países que se encuentran en situación similar, cuenta con una izquierda y un movimiento popular —el factor que se llamaría “subjetivo”, en el lenguaje clásico— capaces de constituirse en candidatos a ejes de un proyecto hegemónico alternativo.

Pero para dar este salto, el país está obligado a realizar una verdadera *revolución democrática*, vale decir una transformación de sus estructuras de poder, que altere radicalmente las formas de propiedad de la tierra y del suelo urbano, la propiedad y control de los medios de comunicación de masas y el modo como está planteada la cuestión de la deuda interna y externa. En suma, requiere un enfrentamiento directo con el capital financiero, la oligarquía rural, los especuladores urbanos y los magnates de los medios de comunicación, principalmente.

El acceso al poder por parte de la izquierda y el movimiento popular —teniendo al PT como eje— está planteado, hoy, en términos institucionales, es decir, mediante elecciones. En esta perspectiva, el problema reside no tanto en ganar los comicios presidenciales de 1994 —alternativa posible—, sino en transformar por la vía institucional las estructuras vigentes —tanto las políticas, cuanto las económicas, así como las de los medios de comunicación, sin hablar de la cuestión militar. Por tanto, será necesario no sólo una mayoría electoral, sino la construcción de una fuerza política, ideológica y organizativa de masas, que garantice el apoyo popular al gobierno frente a las respuestas que no dejarán de dar los afectados —dentro y fuera de Brasil— por las políticas que éste venga a adoptar.

Las perspectivas de Brasil para los años noventa dependen de lo que pase con la izquierda en el país. Nadie duda que el PT será un factor decisivo, cualquiera que sea el camino que se tome para hacer frente a la crisis. Será protagonista principal, conductor de la solución democrático-radical para el país; o será abanderado de las resistencias que vengán a suscitar la eventual implantación del proyecto neoliberal.

Sin embargo, no hay que perder de vista que la influencia neoliberal ha penetrado en las fuerzas de centro-izquierda, en especial la socialdemocra-

cia. No es imposible que el fenómeno de un presidente populista que asuma el proyecto neoliberal, como ha pasado con Menem o Carlos Andrés Pérez, no se repita aquí, en la hipótesis de una eventual recuperación y triunfo de Leonel Brizola, heredero de la política laborista de Vargas, en los próximos comicios presidenciales. En sectores de la misma izquierda, es decir, en el PT, esa influencia ha ganado posiciones, aunque bajo versiones más matizadas.

Ello podría mediatizar y aun neutralizar la capacidad de la izquierda y el movimiento popular para poner de pie un nuevo bloque de fuerzas, que radicalizara la democracia brasileña hasta sus fundamentos, y podría abrir camino a una alternativa que tratara de combinar la represión con la manipulación de los medios de comunicación. Aunque esta fórmula ya demostró, con Collor de Mello, que tiene un corto vuelo, podría siempre ser retomada, con otras variantes.

Como quiera que sea, la iniciativa, hoy, la tiene la izquierda. De su futuro depende en gran medida que la interrogante brasileña sea resuelta por métodos democrático-radicales, congruentes con la iniciativa y la creatividad desplegadas por sus fuerzas populares, a raíz de su lucha de resistencia contra la dictadura militar. Si así ocurriera, Brasil podría volver a sorprender al mundo, no tanto a contramano de la historia, sino escribiendo su propia historia, lo que abriría a toda América Latina nuevos y sorprendentes desarrollos.